

Como es el caso con muchas nociones recurrentes dentro del campo de los estudios culturales latinoamericanos, la de *transculturación* ha persistido en el discurso crítico de las últimas décadas, en gran medida gracias al incesante proceso de recontextualización y resemantización que la articula a áreas, períodos, disciplinas y proyectos ideológicos diversos.<sup>1</sup>

Como las nociones de hibridez, sincretismo, heterogeneidad, otredad, neobarroco, y tantas otras que se inscriben dentro del mismo campo teórico, la de transculturación se fundamenta en el trasiego interdisciplinario que se propone dar cuenta de las dinámicas globales de un continente que debe a su condición neocolonial no sólo las tragedias de su historia sino también sus marcas de especificidad socio-cultural.

Sin caer en ningún tipo de fundamentalismo latinoamericanista, conviene sin embargo recordar que, como Rama sugiere en muchos de sus textos, aunque la crítica no constituye ni reemplaza a la obra criticada, sí la emplaza e interpela a partir de modelos teóricos que responden a su propia teleología.<sup>2</sup>

Si la crítica literaria no constituye el texto literario, sí lo institucionaliza como praxis cultural y como *corpus*, le superpone, para bien o para mal, organicidad a través de lecturas y palimpsestos interpretativos, convirtiendo el objeto de estudio en constructo ideológico. En este sentido, al relevar la obra o la *praxis* cultural de que se trate, la crítica no ya devela o revela su objeto sino que más bien vela sus contenidos, su remota e inapresable intencionalidad, con la opacidad de su elaboración.

Si bien es cierto que la obra no existe socialmente antes ni afuera de esas operaciones interpretativas, también es cierto que éstas ilustran muchas veces más sobre el sujeto interpretante, sus coyunturas históricas, teóricas y personales, que sobre los objetos de esa interpretación.

El objetivo de estas notas es justamente reflexionar acerca de la teorización de Rama sobre la transculturación narrativa en tanto praxis crítica que se articula a las alternativas de una América Latina escindida por la polarización político-ideológica y la fracturación de los estados nacionales a efectos de la represión dictatorial, los exilios masivos y la desarticulación de las estructuras de resistencia y organización popular.

Esta situación de discurso tiene un evidente impacto en las teorizaciones de la época. Por un lado entra en crisis la noción misma de culturas nacionales al tiempo que comienza a revisarse el papel del intelectual en los procesos sociales y políticos, las nociones de pueblo y ciudadanía así como los entrecruzamientos entre discurso poético, discurso crítico y discurso político.

En un imaginario latinoamericano marcado a fuego por la experiencia de la desterritorialización, la práctica de una represión dictatorial transnacionalizada sustituye de golpe la utopía renariana de la nación como una "solidaridad en gran escala", "un plebiscito diario", "una comunión espiritual y psicológica" con la complicidad regionalizada del terrorismo de Estado. Quizá uno de los mayores desafíos de la conciencia latinoamericana de los setenta haya sido tratar de asimilar la imagen dislocada de un continente desagregado y ajeno de sí mismo, que se imagina sin embargo porfiadamente, a nivel nacional y continental, como comunidad posible, desde una posicionalidad carente de consenso, de territorio, situada "en ningún lugar".

Como se sabe, el concepto de transculturación surge en la obra de Rama a mediados de los años setenta, ante el desafío interpretativo que propone la narrativa neoregionalista (Arguedas, Rulfo, Guimarães Rosa, García Márquez) que ante los efectos de la renovación vanguardista pone en crisis en las décadas anteriores tanto el modelo mimético del realismo crítico como la opción fantástica del postmodernismo, reciclando e integrando innovativamente sus recursos estético-ideológicos.<sup>3</sup>

A través de su teorización a propósito de este fenómeno de transferencia o transitividad cultural, Rama explora las relaciones entre universalidad e identidad nacional, y las distancias y mediaciones que permiten a los autores de la transnacionalización una síntesis que elabora y promueve, sin desnaturalizarlos, los contenidos auténticamente americanos y vernáculos.

La cuestión nacional está, evidentemente, en la base de esta elaboración. ¿Qué componentes se articulan en los estados nacionales de la modernidad, y a través de qué equilibrio de fuerzas va organizándose el imaginario colectivo desde la década de los años cuarenta? ¿Cómo opera la alternativa socialista con respecto a la matriz liberal de la que surge la modernización como proyecto de clase caracterizado por esa "pulsión de homogeneización" que Rama reconoce? Ante el cambio avasallante incorporado por la modernidad, ¿dónde situar los contenidos estables que conforman la nacionalidad? ¿Cómo se opera la labor letrada de representación popular? Pero ante todo, ¿cuál es el asiento de "lo popular" dentro de la economía sectorial y de los intercambios socioculturales impulsados por el progreso y la

urbanización? Más teóricamente, ¿cómo se constituyen y canalizan discursos contrahegemónicos y contraculturales en sociedades neocoloniales, constitutivamente híbridas, dependientes y marginalizadas?

Si bien el concepto de transculturación se enclava críticamente en la obra de Rama en el área de la literatura, su formulación y desarrollo obviamente se proyectan más allá de la textualidad narrativa, justamente a partir del momento en que la serie literaria es entendida como discurso y praxis cultural, como respuesta crítico-simbólica y proyecto ideológico ante la "aceleración modernizadora" (Rama 206).

El transvase mismo del término de transculturación del campo de la antropología al de los estudios literarios opera a su vez, disciplinariamente, una simbiosis que remeda la que el crítico observa en su objeto de estudio. El análisis de la transculturación narrativa ilustra, en efecto, el avance, dentro de los estudios latinoamericanos, de la antropología cultural como aproximación globalizante a las praxis y productos culturales del continente como superación del sociologismo lukacsiano tanto como de ciertas modalidades de formalismo ahistoricista.<sup>4</sup>

Contribuye a este cambio en el discurso crítico por un lado la polarización política de los setenta, y por otro, a nivel discursivo, la incidencia de la crítica de la industria cultural realizada por Horkheimer y Adorno, del estructuralismo francés (Lévi-Strauss, por ejemplo) y, según otros críticos, también de un marxismo sartreano muy en boga entre los intelectuales latinoamericanos a partir de la Revolución Cubana.<sup>5</sup>

Como crítica de la modernidad, la teorización acerca de la transculturación narrativa parte de una serie de premisas que fundamentan la lectura global.

La primera, que el neoregionalismo surge como respuesta cultural a la pugna entre las culturas urbanas y extranjerizantes, y las locales o regionales que Rama sitúa en el interior de las naciones latinoamericanas, reductos conservatistas y más o menos estables, portadores de la tradición y los contenidos vernáculos.

Segundo, en la visión de Rama la obra de los "transculturadores" crea "los puentes indispensables para rescatar a las culturas regionales" (Rama 207), que tienden a desnaturalizarse por efecto del influjo modernizador, percibido como el proyecto hegemónico y homogeneizante instrumentado por las elites urbanas.

Si el primer punto se dirige principalmente a diseñar los términos a partir de los cuales operaría la dinámica socio-cultural del medio siglo (de los años cuarenta a los sesenta), el segundo se encamina sobre todo a definir la funcionalidad del productor cultural, su "agencia" mediadora

y sintetizadora que organiza y racionaliza las fuerzas en conflicto mediante fórmulas de hibridación que absorben el cambio social y lo procesan a través de la formalización de un nuevo orden simbólico.<sup>6</sup>

Respecto a lo primero cabe decir que el diseño dicotómico del que parte el esquema de Rama no es, ni pretende ser, original. La ciudad como unidad y centro dominante, de irradiación de elementos foráneos que las elites aspiran a imponer como proyecto de clase, y el campo (el interior) como espacio idealizado que contiene los fundamentos permanentes de la identidad nacional, ámbito de la autenticidad, de la pluralidad y el pre-racionalismo anti-europeo, matiza sólo en grado las tesis sarmentinas (sobre todo a nivel axiológico), pero mantiene fijo el ideal nacionalista que la estrategia transculturadora ayudaría a preservar.

Como en muchas teorías afincadas en la condición neocolonial latinoamericana, el dualismo ciudad/campo remite al problema etnocéntrico, pero contiene asimismo el peligro de una inversión simétrica que sin suspender la polarización, transmute los valores asignados a uno y otro espacio.

El esquema que propone el espacio interior como utopía y como asiento de la identidad avasallada por la ciudad ("letrada"), espacio del Logos y el Poder, autoriza en ese marco de lectura la visión de las dinámicas nacionales como ejemplos de colonialismo interno, procesos de réplica "a escala" de los imperialismos modernos, legitimando la perspectiva "nacional-populista" que informa la teoría de la transculturación. Al efectuar la síntesis, los transculturadores lograrían promover, en la visión de Rama, una conciliación que respeta la autenticidad vernacular y los contenidos propiamente populares que integran la nación neutralizando los efectos de una modernidad a la vez niveladora y desigual.

Difiero en parte con la interpretación que califica de plano la propuesta de Rama como "nacional populista" (D'Allemand) ya que la intención de regionalizar y aún de transnacionalizar el análisis crítico carga obviamente el énfasis en la perspectiva continentalista. Pero entiendo también que la estructuración básica del estudio de Rama parte en efecto de una problematización de lo nacional como matriz burguesa y liberal que recibe el impacto de los proyectos de modernización leídos, en este contexto, como antinacionales y foráneos.<sup>7</sup>

En todo caso, el esquema refuerza la fundamentación dependencista y difusionista tan divulgada en la década de los setenta y tan propicia al desarrollo de la antropología cultural que formaliza el constructo teórico "América Latina" (el Otro, el Tercer Mundo, el subalterno) que recién ahora comienza a entrar en crisis, con los reordenamientos económicos, sociales y teóricos del fin de siglo.

En cuanto al problema de la mediación transculturadora, evidentemente ésta tiene en la conceptualización de Rama un enclave

distinto, que reconoce, me parece, su filiación ideológico-filosófica en un gramscismo de tremenda influencia en la izquierda intelectual latinoamericana de esos años.

Creo que el texto de Rama sobre la transculturación narrativa explora prioritariamente, más aún que las lecturas posibles de la narrativa neorregionalista y sus innovaciones y logros técnicos y temáticos el lugar del intelectual dentro de los procesos de modernización, desde la perspectiva de un continente polarizado entre el sueño socialista abierto por la Revolución Cubana y alimentado por la activación de los movimientos de liberación nacional a nivel continental, y el recrudescimiento del autoritarismo y la intervención norteamericana en América Latina.

Creo que Rama escribe desde una posicionalidad conflictiva tributaria, por un lado, del mito del mesianismo de izquierda de los años setenta pero intrigada por analizar los grados posibles y las consecuencias probables de la cooptación del intelectual en sus nuevas modalidades de articulación con el Estado y las instituciones culturales, incluida la praxis de la literatura.

Entre vanguardia y criollismo Rama ve planteada no solamente la lucha por el poder representacional, ni tan sólo una nueva instancia en la redefinición de las identidades colectivas (sectoriales, regionales, nacionales o continentales), sino sobre todo el surgimiento de subjetividades transnacionalizadas que alteran el mapa cultural e ideológico vigente hasta la primera postguerra. En otras palabras, advierte una forma diversa y a su juicio inédita de afiliación letrada a los proyectos múltiples de la modernidad, que cancela la distribución tradicional de roles, temas, y usos de la lengua sobre la que se habían organizado hasta entonces las culturas nacionales.

Ni tan inédita en sus procedimientos ni tan diversa en su significación cultural a otras prácticas coloniales y neocoloniales, la transculturación enfatiza la mediación letrada como praxis de apropiación y re-presentación de contenidos culturales exógenos e internos, que al confluir se integran dialécticamente dando lugar a totalizaciones que son más que la suma de sus partes. Partes que como resultado de esa fusión resultan ellas mismas definitivamente contaminadas por la alteridad: Hernán Cortés nombrado como "la Malinche" por los mexicas que reconocen al conquistador a partir de su relación con Malitzin, la "lengua" que instrumenta su penetración en el imperio azteca, o los *Comentarios reales* como proyecto historiográfico de apropiación de códigos renacentistas y tradiciones incas, o el Barroco de Indias, como producción híbrida a través de la cual el letrado, portador de una modernidad racionalista, autoritaria y eurocéntrica, corroe los códigos imperiales con contenidos y formulaciones gestadas en el

interior de las totalidades coloniales. Ejemplos múltiples de una transitividad cultural que está en la naturaleza misma de la condición (neo)colonial y en las narrativas de la otredad americana. Todas ellas empujan a su modo la "originalidad" de los modelos culturales que penetran con el paquete del Poder en las culturas "interiores" del continente y que al modificarlo se modifican a su vez.

La novedad de los transculturadores del medio siglo consiste, según Rama, en la reducción de la distancia, en la producción de una escritura "desde adentro" que favorece el polo de los sujetos representados, respeta la identidad, legitima las influencias exógenas al utilizarlas para afinar el instrumento crítico y representacional.<sup>8</sup>

Coincido con Schmidt en que el énfasis del sistema literario latinoamericano como sistema unificado sobreimpone al objeto de estudio una organicidad reductivista que no contempla, como en la teoría de Cornejo-Polar sobre heterogeneidad y totalidades conflictivas, la coexistencia de diversos sistemas a nivel nacional y regional, los cuales no pueden ser considerados como meras variantes del sistema hegemónico (sistemas populares o en lenguas nativas, subculturas urbanas, etc.). La subyacente ideología del mestizaje como fórmula conciliatoria y niveladora reduce en la teoría de Rama lo cultural a lo letrado, lo letrado a lo urbano, lo latinoamericano a lo hegemónico, reforzando en este mismo movimiento la posicionalidad del intelectual en los procesos culturales, como representador, traductor e intérprete del sustrato de *lo popular*, categoría teórica —ideológica— situada *a priori* en el espacio utópico del interior de la nación, vale decir, en la interioridad de la teoría.

Creo que el modelo de lectura que propone Rama con su estudio de la transculturación narrativa se completa en el análisis de *La ciudad letrada*, que recorre los procesos de institucionalización cultural de la Colonia a nuestros días en una exploración que sumariamente analiza los efectos y modalidades de la centralidad letrado-escrituraria, y la índole de sus protagonistas. Analiza también los vaivenes y procesos de la inversión simétrica de Horkheimer y Adorno del mito en iluminismo y del iluminismo en mito de la civilización burguesa a los que alude en su trabajo sobre la transculturación narrativa. Y vuelve sobre Borges, figura paradigmática de una modernidad cosmopolita y periférica que injerta, como había querido Martí "en nuestras repúblicas el mundo", a través de su universalismo orillero, híbrido, fronterizo y transculturado.<sup>9</sup>

El reclamo martiano: "pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas" subyace intacto en la teoría de la transculturación, sólo que la fusión transculturadora que salva "el alma" nacional —como había querido Arguedas en su discurso de 1968 titulado "Yo no soy un

aculturado"— con la representación desde adentro de contenidos populares matiza el antiimperialismo político de "Nuestra América" con un nacionalismo y un americanismo que se hacen cargo, como había recordado Mariátegui, de la inevitable matriz liberal de las nacionalidades latinoamericanas.

Las nociones de "aculturación", "desculturación", "reculturación", "neoculturación", "transculturación" que Rama baraja son, obviamente, más que variantes semánticas etapas de un proceso que va de lo cosmopolita a lo genuinamente nacional, siguiendo aquí también la secuencia que Mariátegui reconociera al analizar los modos posibles de integración de lo popular y de lo exógeno en formaciones sociales no homogeneizadas ni étnica, ni económica, ni lingüística, ni políticamente.

En Rama, la estrategia transculturadora resuelve provisionalmente —culturalmente, simbólicamente— el drama de la modernidad, desesencializa el tema de la identidad y la otredad latinoamericana y canaliza las antinomias nacionales ciudad/campo, hegemonía/subalternidad, sin cancelar las problemáticas de fondo.

Puede aducirse, sin embargo, que el esquema es parcial (urbanista, letrado, nacionalista, funcionalista, dicotómico) y que el arrastre liberal de la propuesta de alguna manera falla por su base, en la identificación de lo popular con lo rural como reducto idealizado y permanente, que existe "en estado de naturaleza" en la periferia de los proyectos y de los centros modernizadores.

En lo esencial, la teoría de la transculturación explora a su manera un vacío principal juzgado por algunos la gran "anomalía" de la teoría marxista aplicada a América Latina: el de la formación de naciones en tanto etapas previas a la instancia internacionalista y el de la formación y coexistencia de diversos proyectos y subjetividades colectivas capaces de interpelar a la nación burguesa desde adentro.

El tema del estatuto de lo popular en las formaciones sociales de la modernidad y de la diseminación y articulación de sus contenidos dentro de los discursos dominantes continúa siendo un desafío para la crítica cultural. La microsociología populista de García Canclini, como los análisis de la modernidad periférica en la obra de Beatriz Sarlo intentan avanzar por el camino de la globalidad analizando las diversas formas culturales como respuestas horizontales a la modernización dando por tierra con el remanente dependencista y los enfoques cerradamente nacionalistas. Quizá nada de esto sería posible sin los aportes fundamentales de Ángel Rama, que desde la balcanizada América Latina de los años setenta trató de apresar utópicamente, desde "ningún lugar", la totalidad y la organicidad de las formaciones sociales del continente, el mismo Rama que en tantas de las teorizaciones actuales es un "interlocutor silenciado" pero de innegable fecundidad.<sup>10</sup>

<sup>1</sup> Como se sabe, la noción es tomada por Rama del libro del etnógrafo cubano Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), prologado por el antropólogo de origen polaco Bronislaw Malinowski, quien alaba el uso del término "transculturación" para hacer referencia a los intercambios culturales en las formaciones sociales latinoamericanas. El término corrige la noción de pérdida de la cultura original que sugiere la noción de "aculturación" y da cuenta de las nuevas síntesis y del proceso de construcción continua de las culturas neocoloniales.

<sup>2</sup> En su "Prólogo" a *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980* Rama indica: "Ocurre que si la crítica no constituye las obras, sí construye la literatura, entendida como un *corpus* orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta" (15-16).

<sup>3</sup> En *Transculturación narrativa en América Latina* (1982) Rama reúne artículos de los años setenta sobre el tema. Su estudio "Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana" fue publicado originalmente en *Revista de Literatura Iberoamericana* 5 (Abril 1974), Maracaibo, Venezuela, Universidad del Zulia, Escuela de Letras.

<sup>4</sup> Sobre los intercambios disciplinarios y las influencias del estructuralismo y la crítica de la industria cultural en la teoría de la transculturación ver de la Campa y Spitta.

<sup>5</sup> Según Osorio, en la propuesta de Rama se percibe la influencia de la propuesta sartreana de contrarrestar con una concepción sintética el "espíritu de análisis" que caracteriza al pensamiento burgués, y por el cual se descomponen las totalidades en elementos simples. Según el crítico chileno, Rama habría retomado esta idea presentada en *Les Temps Modernes* como punto de partida para su crítica integradora y globalizante (Osorio 157). Schmidt se hace eco de esta opinión (194).

<sup>6</sup> Schmidt ha notado este aspecto de Rama en su análisis comparativo de la teoría de la transculturación y los conceptos de Cornejo-Polar de "heterogeneidad" y "totalidad conflictiva".

<sup>7</sup> D'Allemand contrapone la propuesta de Rama a la de Sarlo, viendo en esta última una superación de las restricciones "nacional-populistas" del crítico uruguayo preocupado por el tema de las identidades nacionales.

<sup>8</sup> Ver al respecto el análisis de Larsen en su apartado "Magical Realism Revised: From Transubstantiation to Transculturación" (54 y sgtes.).

<sup>9</sup> Osorio cita la conocida frase de Martí en su fundamentación de que la visión comprensiva de la literatura tiene en Rama notorios y conocidos antecedentes en la obra del poeta cubano, tanto como en la de Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas (Osorio 157-158).

<sup>10</sup> D'Allemand habla de Rama como el "interlocutor silenciado" en la obra de Beatriz Sarlo.

Alonso, Carlos. "Rama y sus retoños: Figuring the Nineteenth Century in Spanish America". *Revista de Estudios Hispánicos* 28 (1994): 283-292.

D'Allemand, Patricia. "Hacia una crítica literaria latinoamericana: nacionalismo y cultura en el discurso de Beatriz Sarlo". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias* I, 2 (julio-diciembre 1993): 27-40.

de la Campa, Román. "Hibridez posmoderna y transculturación: políticas de montaje en torno a Latinoamérica". *Hispanérica* 69 (diciembre 1994): 3-22.

Franco, Jean. "Ángel Rama y la transculturación narrativa en América Latina". *Sin nombre* 14, 3 (1984): 68-73.

Larsen, Neil. *Modernism and Hegemony. A Materialist Critique of Aesthetic Agencies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1990.

Leenhardt, Jacques. "Ángel Rama, une figure clé de la critique latino-américaine". *Nuevo Texto Crítico* VII, 14/15 (julio 1994-junio 1995): 201-209.

Moraña, Mabel. "De la ciudad letrada al imaginario nacionalista: contribuciones de Ángel Rama a la invención de América" en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Beatriz González Stephan (comp.) Caracas: Monte Ávila Editores, 1995. 41-51.

Osorio T., Nelson. "Ángel Rama y el estudio comprensivo de la literatura latinoamericana". *Casa de las Américas* 148 (enero-febrero 1985): 153-158.

Rama, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.

———. *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984.

———. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI, 1982.

Roffé, Reina. "Ángel Rama. Más allá de la ciudad letrada". *Espejo de escritores*. Notas y prólogo de Reina Roffé. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1985.

Ruffinelli, Jorge. "Ángel Rama: la carrera del crítico de fondo". *Escritura* VIII, 15 (enero-junio 1983): 123-131.

Schmidt, Friedhelm. "¿Literaturas heterogéneas o literatura de la transculturación?". *Nuevo Texto Crítico* VII, 14/15 (julio 1994-junio 1995): 193-199.

Sosnowski, Saúl. "Ángel Rama: un sendero en el bosque de palabras". Prólogo a Ángel Rama, *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985. ix-xxiii.